

Devorar

Aurora Fernández Polanco

De manera que siempre son los otros los caníbales, antropófagos; salvajes, a fin de cuentas. Mientras tanto nuestra infancia convive afablemente con el sacamantecas y ese: «Petra/qué quieres golón/ Petra, huele a carne fresca/ los carneros que te estoy asando son»; y abuelita, qué dientes tan grandes tienes; y aummm, el lobo se comió al cabrito, y al otro cabrito; y la bruja que engordaba a Hansel, para muchos: «Toñito, Toñito, muéstrame el dedito...» Resuenan, en medio, las palabras del evangelista: quien coma mi carne y beba mi sangre vivirá eternamente. Por ello ese cuidado trágico de niños para no caer en la Theofagia y morder la hostia consagrada y evitar clavar los dientes en el Cuerpo de Cristo. Salvajes los otros, pero nuestra lengua está repleta de extrañas expresiones: «Te comería a besos», «no lo puedo tragar», y a ese otro, si se descuida, «me lo meriendo vivo»... No debe ser casual que entre las dos guerras mundiales la sociedad comience de manera insistente a ser llamada al consumo –¡qué curioso!– a través de un desecho despreciado por la sociedad, el vagabundo/ hombre anuncio denominado hombre-sándwich. La última reencarnación (Benjamin) de aquel *flâneur* del XIX.

Crecimos inmersos en estas representaciones continuas de la pasión devoradora, mitos y reminiscencias. Dicen que las cuestiones relacionadas con la envidia, la excesiva necesidad de reconocimiento o la avidez encuentran en el lenguaje vulgar su anclaje con la oralidad y el canibalismo.

No parece haber solución de continuidad en nuestro registro simbólico entre los ecos mitológicos de las sociedades primitivas, las narraciones que provienen del ámbito griego, los cuentos y el imaginario popular. Todo ello en demérito del conocimiento del canibalismo real, únicamente asunto del ámbito académico. Los antropólogos protestan con justicia. Se trata una vez más y pese a ellos del rechazo a comprenderlo como «índice» de la cultura del otro. Se contaban historias de caníbales como si realmente se tratara de asuntos de salvajes, como si el canibalismo no fuera una práctica cultural con características propias y variadas. Ceremonias públicas y ritualizadas; deseos de venganza, de apropiarse de las cualidades de las víctimas, deseos de asegurar a sus muertos el acceso al poder supremo; endo-canibalismo, exocanibalismo.

«¿Quedan caníbales entre ustedes? preguntaba un joven etnógrafo. Y el jefe responde: No. El último que quedaba nos lo hemos comido ayer».

Sin embargo se insiste en el canibalismo como práctica anclada en tiempos remotos, fantasmas orales arcaicos que llevan consigo la idea de un devorar agresivo. De manera no muy ortodoxa, y menos aún respetuosa con las «prácticas culturales» que nos hablan de distintos canibalismos, Freud pensó en un salvaje «en estado puro» que recurre a esta práctica para apropiarse de las cualidades del objeto devorado. De ahí que en la comida totémica, los hijos asesinen al padre. ¿Nos sentimos identificados con ese almuerzo totémico, en torno al que la horda se reúne? Un exceso incestuoso, aparentemente, demasiado lejano de nuestras prácticas habituales. Excesivamente relevantes tanto el padre como los hijos varones. ¡Qué afición la de estos machos por la carne del Macho grande! Curiosamente, la separación alimenticia entre los sexos se recoge en un itinerario que pasa por África, Australia, Nueva Guinea, Nueva Zelanda... De modo que el hecho consanguíneo no depende tanto de los lazos de sangre como de las comidas compartidas. No es necesario a estas alturas hablar en términos freudianos de una metáfora, la del canibalismo que navega entre «estructuras edípicas» «sociedades fálicas» y «angustias de castración». Las derivas del gran padre jefe de la horda, el auténtico relevante poder absoluto fálico, a quien los hijos –poco importa la víctima en este encuadre– deben alimentar, se desprenden de las mitologías y las narraciones populares y alcanzan la experiencia cotidiana.

Las comidas eran insoportables, la madre llega incluso a colocar cacharritos de loza cerca de su marido para que, llegado el caso de un acceso de rabia, pudiera reventarlos contra el suelo. Así evitaba los chillidos. Pero no era tanto el vocerío como las historias que ese «dictador de la palabra» repetía sobre sí mismo sin cesar; una y otra vez. Se hacía oír demasiado. Mientras más se engrandecía en ese simulacro, más pequeños se sentían los niños. Un día entre la madre y los hijos se instala la fantasía de cortarle en trocitos encima de la mesa: «Lo desmembrábamos, ¿entiende? Y teníamos tanto éxito al derrotarle, que le devorábamos». Esta vez ningún Saturno desgarraría a los pequeños. Ellos habían decidido erigirse en caníbales.

O pater familias e a criação da Moral da Cegonha: Ignorancia real das coisas+falta de imaginação+sentimento de autoridade ante a pro-curiosa(sic) (El pater familias y la creación de la moral de las cigüeñas son el resultado de: la ignorancia real de las cosas+falta de imaginación+autoritarismo ante la curiosidad infantil). *Manifiesto Antropofágico*, Oswaldo de Andrade, 1928.

Pasaron los años y la hermana mayor de la familia Bourgeois, Louise, que había optado por la escultura como forma de protección contra el mundo, levanta en 1974, un inmenso «ambiente» en el 112 Greene Street y lo titula *Destruction of the father*. Una cueva de estalactitas y estalagmitas redondeadas, materiales *soft* sin ninguna forma que despuntara. Formas fálicas y maternas a la vez, senos, nalgas, nubes también. Lugar primigenio en doble sentido que se mezcla en nuestro imaginario con esa comida ancestral del Tótem y el Tabú. Sobre el mantel de esta pieza que subtítulo *La cena* aparecen protuberancias globulares en látex. Verdadera carne que adquiere ella misma en el Washington Meat Market, en la Novena Avenida de Nueva York, y que posteriormente sumerge en escayola antes de moldearlos en látex

Los visitantes no pueden entrar en el lugar, se quedan a las puertas de una enorme cavidad en semipenumbra, una suerte de *vagina dentata*. Todo era redondeado, húmedo y cálido. Pero siniestro. Era la forma de defenderse de una mujer de 70 años contra aquel recuerdo terrorífico. Años antes había realizado dibujos sobre temas de antropofagia: niños, parientes, fantasmas del ogro/ogresa que se remontan a su infancia. Había otro: la araña devoradora y protectora, la madre.

Maternalización

Quizá sea la cultura psicoanalítica la que ha venido desgranando esas metáforas y referencias que tienen que ver con la oralidad, fase fundamental en la elaboración del yo y que aluden directamente al momento fundacional de la relación del lactante con la madre. Momentos gloriosos como el de la tranquila espera de la satisfacción donde el niño, destetado, busca sustitutos en sus propias manos. Y momentos menos gloriosos y a los que no parece darse tanta importancia, que tienen que ver con la fase sádico-oral y que coinciden con los deseos de morder e incorporar convulsa y agresivamente algún objeto. Estos son los aspectos que más se vierten desde el psicoanálisis a la vivencia, decíamos inconsciente, de esa realidad cultural.

El seno materno, objeto primordial. Jugamos a reemplazar el almuerzo totémico por el amamantamiento, la satisfacción en la succión y las primeras vocalizaciones, que se fundan en la experiencia de la boca vacía, un vacío que se une a los primeros gritos. Llantos que no sólo reclaman, sino también, posteriormente, se constituyen en lenguaje cuando la fonación «llena la boca». Doloroso aprendizaje para una empresa que ocupará toda nuestra vida: llenar de palabras una boca vacía.

Oralidad primigenia, el niño que succiona, la teta primigenia, Y la importancia de una mirada que se establece en ese momento. Una mirada de aceptación y desconfianza: quién acabará por comerse a quién. Boca-Teta, me alimenta, me come, me alimenta, me come...

Intermitencias como en ese letrero luminoso de Bruce Nauman en el que se entrelazan las palabras *death/eat*. O más bien donde *eat* logra emerger de *death*: **death**.

La madre que en un estadio previo se ha dejado succionar, vaciar por el «vampiro», ahora no se deja morder. Devorar, en última instancia. Ahí están las grandes palabras de la I mayúscula: Interiorización, Introyección, Incorporación, Identificación. Más tarde, supuestamente destetados, vuelven los fantasmas. Y en lugar del seno, se instalan los fantasmas de incorporación canibalista.

Estamos ante una «maternalización» de mitos y ritos, la cultura en última instancia ha de someterse a una muy especial cultura: la de las pulsiones primarias. Pérdida del objeto, teta primordial perdida: destino ineluctable de toda humanidad. El deseo de incorporar al otro recorre las leyendas míticas, místicas y amorosas en la tradición cultural sin necesidad de acudir a la terminología psicoanalítica: devorar el objeto de deseo supone la destrucción previa y la anulación de toda distancia, es decir de toda consideración de «lo otro». La esperanza de una identificación plena pasa entonces por la incorporación:

La identificación es, además, desde un principio, ambivalente, y puede concretarse tanto en una exteriorización cariñosa como en el deseo de supresión. Se comporta como una ramificación de la primera fase, la fase oral de la organización de la libido, durante la cual el sujeto se incorporaba al objeto ansiado y estimado, comiéndoselo, y al hacerlo así lo destruía. Sabido es que el caníbal ha permanecido en esta fase: ama a sus enemigos, esto es, gusta de ellos o los estima para comérselos, y no se come sino a aquellos a quienes ama desde este punto de vista. Sigmund Freud: *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921).

Una vez en nosotros no solamente conservamos las bondades de lo devorado, sino que establecemos un vínculo sin solución de continuidad, una apariencia de lugar primigenio en el que no se conoce la escisión. El modelo alimenticio es en este sentido el lógico a seguir. Del maternal «te comeré a besos» se pasa a las relaciones sexuales. Identificaciones entre comida y cópula, confusiones y violencias, más a ras de tierra, que han hecho las delicias del erotismo *bataillano* y de buena parte de sus amigos surrealistas.

Melancolía

La gran boca, como órgano cognitivo, avanza en nuestras representaciones. Aprendimos con la mano en la boca y vivimos nuestros duelos inmersos en esa relación oral-canibalística. Ummmm, también el olfato, órgano indispensable del duelo, de la pérdida, Oler como forma de retener, volver a tener, interiorizar, impedir que aquello vuelva a desaparecer. Si es así, será conmigo. Ojos/Boca. Devorar. Retener. Interiorizar. Consumir. Los tres aspectos que Freud distingue en la relación oral canibalística: el amor bajo forma de deseo de aprehender el objeto amado, la destrucción que –inevitablemente– acompaña a su consumo (¿consumación?) y la apropiación de las cualidades del objeto.

Santamente se «consume el matrimonio». Precozmente se preparan los cuerpos a la empresa. Todo un imaginario del delirio amoroso se asienta sobre esos golpes de los cuerpos en lucha. No hay más remedio que reemplazar la teta primigenia, de manera que la actividad amorosa, oral, sádica, destructora, canibal, trata (¿en vano?) de incorporar el objeto perdido. Los cuerpos del deseo se despedazan como fase anterior a la devoración. Decía Dalí, en su caos blando y glandular, que las mandíbulas eran el instrumento más filosófico que el hombre poseía. De manera que la belleza «será comestible o no será». Dalí y sus amigos se fascinaron con la gran devoradora del «después», la santa teresita, la mantis religiosa cuyas costumbres fueron estudiadas por el naturalista J-H Fabre: «¡Ah, las feroces bestias. Se dice que los lobos no se comen entre sí. La mantis no tiene este escrúpulo; ella devora a su pareja (...) Posee el equivalente de la antropofagia, ese espantoso defecto del hombre». Espantoso defecto que encontraron en las «atrocidades conyugales» «orgías» y «amores trágicos» con los que Fabre define las costumbre de estos ortópteros una ocasión perfecta para dar rienda suelta a sus amores «locos».

Locos o no, persiguen conjurar la ausencia, la separación y la discontinuidad características de una existencia ordinaria. En la furia amorosa (Bataille) está en juego el sentimiento de una posible continuidad que sólo se vislumbra en el ser amado. Pero ¿qué mejor estrategia para asegurar la continuidad entre dos seres que esa posesión por medio de la devoración? Promesa ilusoria, pues al devorar nada se retiene del otro.

Objetos más fuertes que el yo; constancia de una melancolía: abolir el objeto y al mismo tiempo incorporarlo. Así que no es de extrañar que se haya ligado la melancolía al estadio oral o canibólico de la evolución de la libido.

De manera que recabamos en la noción de melancolía ligada a la incorporación y a su través volvemos a nociones ancladas directamente en la